

PRÓLOGO

Esta obra que aquí presentamos trata de un tema muy antiguo y sobre el que se ha escrito mucho ya. Sin embargo merece ser constantemente revisitado. Desde que la humanidad reflexiona sobre sí misma, desde los albores de lo que podríamos llamar pensamiento (más o menos crítico), hay temas que se han establecido de modo perenne entre aquellos merecedores de interés por parte de todas las generaciones. Es el caso, por ejemplo, del debate surgido ante la crisis que se produce en el modo de vida tradicional a consecuencia de los progresos y adelantos técnicos en cada época. La polémica entre antiguos y modernos se repite, así, a la luz de cada generación, al modo como Benedetto Croce sostenía que debía releerse la Historia. Esta polémica se ha podido ver revestida con diferentes modelos pero ha sido una constante a lo largo del tiempo.

Todos los grandes logros hoy reconocidos de la civilización fueron en su momento inicial, desde la escritura hasta el teléfono móvil, por aludir sólo a los relativos a la propia comunicación, motivo de espanto y quebranto para buena parte de la sociedad. La dicotomía que Eco instituyera hace ya algunas décadas entre apocalípticos e integrados se ha visto reiterada hasta convertirse en una corriente continua en nuestros días en los que, por otro lado, todo, absolutamente todo, es comunicación. Tan es así, que las rupturas generacionales, en lo que a tecnologías de la comunicación se refiere, se producen actualmente en un plazo inusualmente corto, reajuste que se llevará a cabo probablemente en el plazo de unos años hasta que toda la sociedad comparta mínimos como, por ejemplo, el conocimiento y acceso a internet, tecnología que ha pasado, por cierto, de ser motivo de ruptura generacional a elemento amalgamador de varias generaciones en el plazo de apenas una o dos décadas¹.

Pero si lo tecnológico cambia y, además, desde hace siglos hacemos que cambie, las transformaciones verdaderamente revolucionarias y de las que se trata en la obra de Carlos Rodríguez Gordo, están siendo en los últimos lustros las que se suceden en el ámbito, precisamente, de lo tangencial con lo humano, y sobre cuyos “contactos” los medios audiovisuales están levantando acta de una manera incontestable. Tradicionalmente, la literatura nos ha aportado numerosos prototipos a los que más tarde el cine y la comunicación audiovisual han sabido sacar un mayor partido en el siglo pasado. Suele citarse una frase de Julio Verne, y no sin razón, que dice que “todo lo que un hombre sea capaz de imaginar, otro hombre lo hará realidad”.

¹ “Internet ha llegado, como lo hizo la televisión o el móvil, a casi todas las zonas del planeta. No nos engañemos, la única divisoria real es la edad. (...) Nuestras familias más tecnológicas son las que tienen cuatro miembros y las menos, las de dos miembros”, Imma TUBELLA, “Bajo el asfalto estaba la red”, *El País*, 14-3-08.

Dicha aseveración resulta evidente a la luz de las transformaciones llevadas a cabo en ideas que dieron lugar a personajes como Jekyll y Hyde, Frankenstein o el Golem, y que se hallan en la base de no pocas experimentaciones y *remakes* posteriores, pasando de la imaginación de sus autores a la literatura, de esta a la pantalla y de aquí... ¿a la realidad? Es, precisamente, en torno a este último interrogante a lo que se refieren las reflexiones que Rodríguez Gordo ha llevado a cabo en esta obra, *Paradigmas de una revisión estética audiovisual del futuro de lo humano*. No en vano, coincidimos con él cuando señala, refiriéndose a la obra de Orwell, *1984*, que “quizá lo más aterrador de *1984* sea su posibilidad de materialización”. Efectivamente. Por ello, lo que en 1948 era un aviso del escritor, medio siglo después era una realidad (evidentemente el Comunismo, en sí, era lo de menos) que permitió ver otra vertiente de la obra, más terrorífica si cabe en su versión cinematográfica, para la generación de finales del milenio.

Que la ciencia ficción ha dejado a un lado su adjetivo para convertirse en mera antecámara de los nuevos logros científico-técnicos es ya una constante innegable. Cabe únicamente reflexionar, y sobre ello también llama la atención el autor en la segunda parte de esta obra, en torno a cómo va a decidirse a partir de ahora actuar en ese campo y conforme a qué prioridades. No en vano, la polémica está al orden del día en todo lo relativo a las cuestiones morales y éticas que llegan de la mano de las nuevas tecnologías, fundamentalmente en dos ámbitos esenciales, el de la medicina y el de la comunicación, que en realidad engloban otros muchos sectores de nuestras actividades sociales salpicados por el rumbo del desarrollo tecnológico y sus derivaciones. En definitiva, todos ellos afectan a un concepto clave en el desarrollo de la historia humana que, a su vez, resulta esencial para un adecuado desenvolvimiento de aquellos: el de libertad.

Estos son los temas, en concreto los que giran en torno al problema de “lo humano” confrontado con el desarrollo creciente de las nuevas tecnologías, que son asediados por Carlos Rodríguez Gordo en esta obra. Asedio que llevará a cabo desde diferentes perspectivas (filosófica, cinematográfica, comunicativa, etc.) que reflejan su sólida formación interdisciplinar. No es que no se hubiera reflexionado hasta ahora sobre las posibles transformaciones que cabe experimentar en el cuerpo humano a la luz de los nuevos avances. Como hemos empezado diciendo, estamos ante un asunto de especial arraigo en el pensamiento social. Recordemos que Ovidio ya escribió *Las Metamorfosis* hace 2000 años y que Kafka las singularizó para abrir con el mismo nombre la puerta a la literatura contemporánea. Nada en la literatura del siglo pasado volvió a ser igual que antes, y la causa no era otra que los avances científicos acontecidos a finales del siglo XIX.

De lo que se trata hoy, lo verdaderamente novedoso y que multiplica por cien su importancia, es cómo la ciencia se ha imbricado de un modo tan absoluto con la comunicación de sus probables repercusiones, lo cual ha dado lugar a una nueva fase de exposición conjunta de lo científico y lo artístico. Y de ahí el contenido altamente estético adquirido por el tema en las últimas décadas, y que hace que su exposición se produzca de un modo del todo diferente a como se hizo hasta ahora. Por lo tanto, lo original del momento presente no es la preocupación por la técnica y cómo sus manifestaciones influyen en lo humano, sino el modelo estético de difusión de dichos resultados. De ahí, nuevamente, que se haga por completo necesaria una nueva forma de acercamiento a la cuestión y que hayan de surgir nuevos paradigmas de encararla.

Desde esta perspectiva metodológica, ya hemos hablado del papel pionero de la literatura en resaltar los cambios que se podrían llevar a cabo en el territorio del binomio ciencia/hombre. Sin embargo, a día de hoy resulta innegable, a la vista de los resultados y los índices de lectura, que la literatura no es sino uno más, y no el más apetecible, de los posibles *hobbies* a los que la sociedad puede dedicar su cada vez mayor tiempo libre. Es un acierto, por ello, en este sentido, que Rodríguez Gordo se centre en aquellas vertientes estéticas de mayor predicamento en nuestros días. Así, resulta muy pertinente, por ejemplo, el análisis de la obra del cineasta Cronenberg por varios motivos. Entre ellos porque el cine es hoy en día, en tanto que lenguaje audiovisual, lo que la literatura ha enarbolado durante siglos, es decir, entretenimiento, cultura y, al mismo tiempo, acercamiento reflexivo y crítico a la realidad y a lo que nos depara el futuro. Por otra parte, la obra de Cronenberg no deja impasible a quienes la ven o asisten a la proyección de sus realizaciones.

De igual modo, la ascensión del cine, junto al cómic, el surgimiento y expansión de internet como escenario y difusor a la vez de las nuevas creaciones, todo ello ha supuesto un reordenamiento no sólo de los modos de acercarse a estas nuevas creaciones, sino incluso de las maneras de comprenderlas. Ambos acontecimientos enmarcan, indudablemente, un nuevo contexto generacional en el que habrán de desarrollarse los nuevos paradigmas demandados por el autor y en los que ya se sitúan hoy en día la totalidad de nuestros hábitos. De ahí que el autor nos hable de las nuevas prácticas artísticas acordes con las nuevas concepciones estéticas y comunicativas de nuestra época. Sabido es, por ejemplo, que “los vídeos de terroristas y de la cárcel de Abu Ghraib están impresos en nuestra consciencia, e incluso en nuestro subconsciente, de manera mucho más profunda que cualquier obra de un artista contemporáneo”², (también esa fijación visual

² Boris GROYS, “El arte en la guerra”, *Brumaria. Prácticas artísticas, estéticas y políticas*, 12, 2008, pp. 77-83, 78.

contribuye ineludiblemente a la transformación de lo humano) y de ahí la importancia de resaltar el canal audiovisual como instrumento altamente eficaz a la hora de expandir las nuevas ideas.

Para concluir lo que sólo constituye el umbral a la verdadera lectura, digamos que lo que las nuevas manifestaciones artísticas y estéticas están dejando a la luz en toda su crudeza no es sólo la desaparición de los paradigmas tradicionales a partir de los cuales se establecía la crítica de las mismas. Lo que aflora como trama esencial de las nuevas estéticas es una modificación más que sustancial de lo que constituía en esencia el contenido de dichas manifestaciones artísticas o comunicativas. La transición corpórea y, sobre todo, la obsolescencia corporal, por utilizar las expresiones del autor que sirven como eje a la primera parte de este libro, han generado un paisaje totalmente nuevo en el que los hombres han cedido protagonismo a otras manifestaciones que van desde el robot hasta el cyborg, pasando por todo tipo de metamorfosis que el lector pueda imaginar. Si la realidad supera o no a la ficción, en este terreno, es algo que por el momento no podemos afirmar. No obstante, siempre nos queda la sospecha de que buena parte de lo que consideramos ficticio en realidad ya no lo es tanto.

Al margen quedaría, sin embargo y a pesar de que algunas de las producciones y obras artísticas analizadas por Rodríguez Gordo podrían querer sugerir su devenir, la permanencia de esa parte no carnal de lo humano que es el alma, aunque otra cosa sea cómo llamarla. A esa transformación no han accedido aún los creadores (en esto siguen siendo los escritores los que más alto han llegado todavía). No extraña que lo primero en transformarse haya sido la parte visual de lo humano, lo que vemos y tocamos. Lógico pues se trata de lo que más al alcance se encuentra incluso para nuestras reflexiones. Aun así, de todo lo que falta por ver esta obra explora lo que ya se puede atisbar, y no es poco lo que el lector intuirá. En la segunda parte asistirá a las distintas tomas de postura que se han dado ya al respecto, y podrá elegir aquellas más acordes con su posición ética, política o religiosa. *Paradigmas de una revisión estética audiovisual del futuro de lo humano* es, en ese sentido, una buena avanzadilla de un pensamiento que empieza a extenderse y que pretende, en cierto modo, sistematizar en corrientes y modelos.

Concluamos diciendo que coincidimos de lleno con el autor en lo inevitable de dar con un futuro ajeno a las nuevas tecnologías. Esto es algo que nuestras generaciones tienen ya asumido de antemano. A pesar de ello, decir, sin embargo, que nada volverá a ser como antes no deja de tener cierta dosis de contrariedad ante lo que el futuro nos ofrece o nos impone. Implicaría mostrarse, en gran medida y una vez más, como los apocalípticos de que hablara Eco. Y, sin embargo, para bien o para mal, lo cierto es que nada volverá a ser como antes. Más aun, no sólo ya nada es como era, sino que ya

nada es/será como está siendo. Eso es, el futuro está siendo, fue. Esta es una de las primeras apreciaciones que extraerá el lector de esta obra que se pare a reflexionar sobre el debate en ella vertido, que traspasa con mucho las fronteras de la estética o la comunicación para adentrarse en las más densas aguas de la filosofía. Quizás, a la vista de todo lo expuesto y, sobre todo, de las páginas que vienen a continuación, convenga revisar aquellas palabras del clásico que decían aquello de “Soy hombre: nada humano me es ajeno” (Homo sum: humani nihil a me alienum puto)³. Qué duda cabe que, a la luz de la nueva y virtual corporeidad que la ciencia y los medios audiovisuales están mostrando, no resulta fácil saber a estas alturas dónde acaba lo humano y empieza lo inhumano, porque, ¿existen aún diferencias, no? O, tal vez, qué duda cabe, este sería otro tema para estudiar.

Asunción Escribano
Catedrática de “Lengua y Literatura española”
en la Facultad de Comunicación
de la Universidad Pontificia de Salamanca

³ TERENCIO, *Heautontimorumenos* 77.